

buir ni a Santa Anna, ni a la gran mayoría el centralismo, que también ha servido para justificar la rebelión texana. La publicación es oportuna en estos tiempos en que existe algún empeño por dilucidar lo que pasó en ese olvidado y mal estudiado periodo, que hay que desentrañar de las acusaciones políticas contemporáneas.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

Douglas W. RICHMOND, *Essays on the Mexican War*. College Station, University of Texas at Arlington, 1986, 99 pp.

La guerra del 47, que tan hondo significado tiene para los mexicanos, no merece mucha atención de la colectividad de historiadores, de manera que el presente volumen resulta un acontecimiento.

El tomito consta de cuatro ensayos presentados en la vigésima serie de conferencias anuales celebradas en memoria de Walter Prescott Webb: Wayne Cutler, "President Polk's New England Tour; North for Union"; John S.D. Eisenhower, "Polk and his Generals"; Miguel E. Soto, "The Monarchist Conspiracy and the Mexican War" y Douglas W. Richmond, "Andrew Trussell in Mexico: A Soldier's Wartime Impressions, 1847-1848".

A base de reportajes del *New York Herald*, el *Pennsylvanian*, el *Philadelphia Bulletin* y del diario que preservó un empleado del Departamento de Marina, Cutler nos presenta una gira presidencial de aquellos tiempos. Con las distancias originadas por la inexistencia de los medios de comunicación, que tanto animarían este tipo de rituales, el hecho de que se trate de un viaje a la región de sus opositores políticos, *whigs* antiesclavistas, hace más interesante el relato. Nos enteramos que para el verano de 1847 había pasado el disgusto de la Nueva Inglaterra por la guerra y que la gira de Polk logró acallar a la "oposición leal".

John S.D. Eisenhower nos ofrece un vistazo nuevo sobre temas de historia militar. Con un criterio basado en la eficiencia militar analiza la guerra y la califica como la más costosa en vidas humanas de las que han tenido los Estados Unidos (153.5 muertos por millar contra 98 en la guerra civil, en el ejército del norte), lo que para él es indicio de un gran descuido en la administración y manejo de voluntarios, servicios sanitarios e intendencia. Para los que estamos familiarizados con los relatos sobre el ejército mexicano, sin armas, vestuario, servicio médico y alimentos, esto resulta del

todo sorprendente. Del lado mexicano la carnicería fue tan terrible que ni siquiera existen cifras aproximadas, y las carencias obligaron a enviar voluntarios que, por escasez de municiones, nunca habían disparado antes de estar en el campo de batalla y que, dado el desorden y la corrupción, las armas eran de diversos calibres y no siempre correspondían a las municiones existentes. Un dato que conocíamos, las pésimas relaciones de Polk con sus generales, cobra un nuevo sentido en el ensayo de Eisenhower, pues en verdad resulta inaudito que Polk, por razones políticas, compitiera en plena guerra con sus principales generales, aunque algo semejante sucedió en el campo mexicano donde el general-presidente Santa Anna también mantuvo una competencia con Valencia, que le costó cara al país.

La trinidad norteamericana de la guerra resulta fascinante. Polk, introvertido y acomplejado, situado en el puesto supremo por accidente y por tanto deseoso de controlarlo todo y de suplir las "deficiencias" de sus generales; Scott amante del boato, brillante, sociable, directo y sin pelos en la lengua, en contraste con el simple soldado informal y cumplido que era Taylor. Las intrigas se parecen y el ambiente político norteamericano resulta tan caótico y faccioso como el mexicano. Así, el empeño de Scott de entrenar a sus voluntarios Polk lo considera simple demora mañosa; el mismo esfuerzo de Santa Anna fue considerado traición. Las manipulaciones de Polk para debilitar a sus generales y los choques entre los dos generales pudieron haber causado desastres, pero los hados estaban a favor y en cambio en el otro lado hasta los elementos colaboraron para hacer más difícil la situación.

El ensayo de Miguel Soto tal vez sea la principal aportación del libro, con una espléndida síntesis de su tesis doctoral. Los contemporáneos de la guerra habían mencionado la conspiración monarquista y Bermúdez de Castro y Alamán habían sido acusados de complicidad, junto con Paredes. Dado que la conspiración fracasó, se negó la existencia de un plan tan acabado y nunca se llegó a probar que se contara con el apoyo abierto del gobierno de Madrid y hasta con la bendición de Gran Bretaña y de Francia. Los historiadores no buscaron ni poco ni mucho —a excepción de David Pletcher—, a pesar de que Bermúdez fue acusado en periódicos y en las cortes, tan abiertamente que en 1849 el ministro mexicano en Madrid se vio precisado a pedir una explicación. El gobierno español negó la existencia de tal conspiración y México se dio por satisfecho. Ahora Soto nos ofrece esa pieza faltante para comprender la compleja situación del pobre México en 1845 y 1846

que, como el de ahora, se desenvolvía presionado entre el imperalismo de España, Gran Bretaña y Francia y la avidez expansionista norteamericana. Para nosotros, la complejidad del evento no cambia ni justifica las causas de la guerra, lo que sí hace es explicar la gran debilidad de México y su pobre actuación durante ella. En esto estriba la importancia del ensayo.

Douglas Richmond nos ofrece las cartas de un soldado y sus impresiones al final de la guerra, cuando ocupadores y ocupados compartían muchas cosas. A Richmond le recuerda la colaboración de los franceses con los alemanes durante la segunda guerra, a nosotros los viejos enfrentamientos entre moros y cristianos durante la reconquista. Se trata de un testimonio, más que nada, curioso.

El libro está muy bien editado, con algunas estupendas litografías de la época.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

William SHELL, Jr., *Medieval Iberian Tradition and the Development of the Mexican Hacienda*. Syracuse University, 1986, 116 pp.

El autor destaca al comienzo de su pequeño libro el hoy en día bien conocido contraste entre la escuela “tradicional”, que ve en la hacienda mexicana una institución “feudal” y la “revisionista” que considera a la hacienda una organización “capitalista”. Con las comillas en las palabras feudal y capitalista quiero señalar que ni el feudalismo mexicano —especialmente novohispano— era como el feudalismo europeo ni el capitalismo mexicano ha sido como el europeo.

Shell pasa luego a describir algunas instituciones ibéricas como la familia, en el sentido más amplio de la palabra, la propiedad, etc. Lo importante, según Shell, era la semejanza entre las instituciones ibéricas y las indígenas. Las haciendas no eran necesariamente de origen hispánico. De hecho ya hubo haciendas (Shell las llama latifundios) en México antes de su conquista por los españoles. Esos latifundios eran trabajados por inquilinos o aparceros llamados *mayerques* (p. 39). Shell casi no menciona la palabra “peón”; los peones pertenecen obviamente a la hacienda posterior, la novohispana. El autor pasa por alto esta diferencia.

Shell continúa con su argumentación: los primeros hacendados en Nueva España no eran los españoles sino los caciques indios,